

pocos más se encuentra muy bien urdida la aparición de los autores mismos como personajes, casi nunca les sale bien a otros. Mutis no domina el arte de volverse personaje, lo hace de forma bastante torpe; además, no tiene por qué hacerlo. Considero que más le valiera sustentar la historia de tal manera que, aunque sea personal, no lo parezca. En *La última escala del Tramp Steamer*, Álvaro Mutis y Jon Iturri se parecen demasiado. Ese parecido y la cantidad de anécdotas que ambos comparten no agregan nada a una novela tan hermosa; por el contrario, restan verosimilitud a la ficción. Es cierto que en el mundo de un libro rigen leyes distintas a las de nuestro mundo, pero el lector medianamente informado sobre la vida del autor no puede aislarse del anecdotismo. Mutis también insiste, innecesariamente, en hacer coincidir a viejos personajes en esta novela. Como escritor excelente que es, debería hacer mutis de sus textos.

♦

**María Mercedes Jaramillo,
Ángela Inés Robledo y Flor
María Rodríguez-Arenas
¿Y las mujeres? Ensayos
sobre literatura colombiana**

**Medellín: Universidad de
Antioquia, 1991. 503 pp.**

Jana DeJong
Grinnell College

Por fin, con la publicación de *¿Y las mujeres?*, se halla respuesta a la pregunta que plantea el título mismo de esta colección de ensayos. Antes de la aparición de *¿Y las mujeres?*, apenas se conocían los nombres, y mucho menos las obras, de las escritoras de Colombia desde la época colonial hasta el presente. Colombia, sin embargo, posee una fuerte tradición de literatura femenina. Gracias a la colaboración entre Jaramillo, Robledo y Rodríguez-Arenas, se rescata la tradición narrativa femenina antes olvidada por la crítica. *¿Y las mujeres?* consta de una nota preliminar, tres secciones dedicadas a sendos periodos históricos de

la literatura de mujeres, una bibliografía extensa y una lista de seudónimos de las escritoras, aparte de una bibliografía general.

En la nota preliminar, Jaramillo, Robledo y Rodríguez-Arenas explican el enfoque socio-histórico de los ensayos. En vez de enredarse en el complejo interrogante de si hay o no una voz femenina, las tres autoras sugieren que las circunstancias socio-históricas de las novelistas colombianas explican mejor la génesis de sus obras. Cada sección ofrece informaciones sobre los papeles a los cuales se relegaba a la mujer colombiana en cada período histórico, además de un resumen sobre la producción literaria de la época.

La primera sección, escrita por Ángela Robledo, se ocupa del período previo a la Independencia. Contiene un resumen de las actividades literarias de la época y un análisis de la *Vida*, obra de Francisca Josefa del Castillo y Guevara (1672-1741). Se conocen pocas escritoras de la primera etapa de la conquista, ya que la mujer se limitaba a ser sumisa portadora de la moralidad. Sin embargo, resultan interesantes la alusión a los casos de Inés de Hinojosa y Juana García en *El carnero*, de Juan Rodríguez Freile, y las biografías de varias monjas, como la de Antonia de Cabañas de Tunja, escrita por Diego Solano. Las mencionadas obras proporcionan pistas sobre cómo se consideraba a la mujer de ese entonces en la Nueva Granada. En la mayoría de los casos, se estimaban en ella las cualidades de obediencia, modestia, devoción y silencio. Este silencio se convirtió a veces en drama con la desaparición de los escritos de algunas autoras. Robledo cita el caso de la pérdida de la autobiografía de Francisca María a manos de su confesor. Si fuera posible rescatarla, se convertiría en uno de los primeros escritos femeninos en Colombia.

En el siglo XVII, la mujer se encontraba ante las opciones de ser doncella, esposa, viuda o monja. Robledo señala que cada uno de estos papeles exigía el aislamiento de la mujer, en la casa o en el convento. A la hora de escoger, era preferible la vida de monja, ya que en la semiautonomía del convento se encontraba un escape a la sociedad. Más tarde, en el siglo XVIII, muchos conventos se convirtieron en colegios, lo cual dio otras dos alternativas a la mujer: ser estudiante o maestra.

A ciertas mujeres, el convento les brindaba la oportunidad de escribir. Robledo indica que las monjas, animadas por sus confesores, redactaban sus autobiografías, pero limitándose al discurso del misticismo. No obstante, en la obra de Francisca Josefa del Castillo, la retórica del misticismo, esto produjo un efecto

no esperado por su confesor: un "discurso de resistencia que deja al descubierto la complejidad femenina" (50). Con el análisis de su *Vida*, Robledo descubre que esta "resistencia" procede, en realidad, de la tensión creada por tres niveles discursivos: el místico, el confesional y el autobiográfico.

La segunda sección de *¿Y las mujeres?*, escrita por Flor María Rodríguez-Arenas, se ocupa de la escritura femenina en el siglo XIX. Tras un breve resumen sobre la producción literaria de las mujeres decimonónicas, realiza una aproximación a las obras de tres narradoras sobresalientes: María Martínez de Nisser (18?-¿?), Josefa Acevedo de Gómez (1803-1861) y la fecunda Soledad Acosta de Samper (1833-1913). Rodríguez-Arenas explica que el aumento en la producción novelística femenina a partir de 1836 se debió a las reformas educativas y a la llegada de nuevas tecnologías de imprenta, si bien ello no se hizo notorio hasta 1870, cuando se empezó a abogar de manera decidida por la educación de la mujer. Rodríguez-Arenas sugiere que, en el siglo XIX, la escritura de las mujeres se distanció del sentimentalismo para abrazar un discurso más bien subjetivo, que favorecía la experiencia individual.

El testimonio personal que provee el diario de María Martínez de Nisser es uno de los pocos de tal índole en la primera mitad del siglo XIX. El *Diario de los sucesos de la revolución en la provincia de Antioquia* fue publicado en 1843, pero abarca desde el 11 de octubre de 1840 hasta el 22 de mayo de 1841. En él, Martínez de Nisser expuso no sólo los sucesos del levantamiento contra el gobierno, sino también su propio papel en ellos. Rodríguez-Arenas afirma que, al pasar de "testigo semipasivo a sujeto activo [...], María Martínez se encontró en una peculiar situación como mujer dentro de dos ámbitos controlados completamente por el hombre: la guerra y las letras" (95).

Durante la moda de la novela de costumbres, se destacaron las obras de Josefa Acevedo de Gómez. En su análisis de *Angelina* y *El soldado*, Rodríguez-Arenas encuentra semejanzas y diferencias tanto entre las dos narraciones como entre éstas y otras del mismo género. Como las típicas novelas de costumbres de la época, ambas contienen escenas pletóricas de detalles, pero el tema que abordan se aparta del usual por entonces. Si bien *Angelina* describe la experiencia de una joven mujer y *El soldado* presenta la relación entre dos hermanos, las dos constituyen una crítica social. En la primera, la mujer soporta una vida de esclavitud y servicio, al igual que los miembros de las clases menos privilegiadas en la segunda.

Con toda razón Rodríguez-Arenas destaca el caso peculiar de Soledad Acosta de Samper, autora de más de 35 novelas durante la segunda mitad del siglo XIX. Además de novelista, fue ensayista, traductora, dramaturga y cuentista. Rodríguez-Arenas indica que, en sus narraciones, los personajes femeninos se convierten "en portavoces de un mensaje para que la mujer hiciera frente a la fosilización de las estructuras tradicionales que la atrapaban, reprimían y condenaban" (142). En busca de ejemplos, Rodríguez-Arenas analiza tres novelas de la colección "Novelas y cuadros de la vida sur-americana" (1869): *Dolores*, *Teresa la limeña* y *El corazón de la mujer*.

La sección que abarca la producción literaria del siglo XX fue escrita por María Mercedes Jaramillo. Conforme con la estructura de las dos secciones anteriores, Jaramillo ofrece primero un resumen de las diligencias narrativas de las escritoras en su contexto socio-histórico. Se sugiere que hubo un aumento en el número de aquéllas a partir de 1936, ante el mayor acceso de las mujeres a la educación. Pero la publicación y la difusión de sus obras se ha visto constreñida y las creadoras no han alcanzado el debido reconocimiento, quizás porque ellas mismas no se toman en serio o por otros factores: la cantidad de textos que permanecen inéditos, las ediciones de corta tirada, la falta de atención crítica y el uso del seudónimo, practicado desde siglos atrás con el fin de ocultar la identidad de la autora. No obstante, la cifra de escritoras en la primera mitad del siglo es alta. Aunque muchas se entregan a la poesía y al sentimentalismo en sus narraciones, otras abrazan los temas de la educación y del derecho al trabajo. Ya a mediados del siglo, sobresale por el tratamiento de asuntos políticos, ideológicos y sociales en relación con la mujer la escritora Elisa Mújica (1918), una de las pocas aceptadas por la crítica. Respecto a la segunda mitad del siglo XX, Jaramillo menciona los nombres de Flor Romero de Nohra (19?), Rocío Vélez de Piedrahita (19?) y Marvel Moreno (1939).

Asimismo, destaca a dos en particular: Fanny Buitrago (1940) y Albalucía Ángel (1939), cuyas obras analiza en detalle. Indica que Ángel aprovecha los mitos, las leyendas, las imágenes de la vida doméstica y las concepciones de la mujer en la sociedad para "subvertir el modelo de la cultura patriarcal y dominante que ha tenido un control del lenguaje y de los medios expresivos" (238). Por esta razón, Ángel se apropia del lenguaje tradicional y patriarcal para transformarlo en un lenguaje de subversión a favor de la mujer. Buitrago también manipula el lenguaje tradicional, pero su

proyecto es más amplio, ya que, como explica Jaramillo, "su interés artístico es recrear el mundo cotidiano del pueblo colombiano y crear un imaginario poético donde éste pueda mirarse, admirarse, reconocerse y muchas veces aterrarse frente al modelo propuesto en el universo literario" (240).

Antes de concluir, hay que subrayar que la extensa bibliografía de las escritoras colombianas, desde la Conquista hasta el presente, constituye uno de los aportes más valiosos de la obra. Aunque se reconoce como "investigación en progreso", es la más completa sobre literatura femenina en Colombia. Al final de esta gran compilación de autoras, obras y crítica, se encuentra otra herramienta útil para el lector: una lista

de seudónimos de varias autoras. Y, por último, se ofrece una bibliografía general, testimonio de la cuidadosa investigación realizada. Los ensayos, junto con la bibliografía, convierten *¿Y las mujeres?* en un libro de referencia obligado para cualquier estudioso de la literatura colombiana.

¿Y las mujeres? es una obra ambiciosa, fruto de un riguroso trabajo emprendido por Jaramillo, Robledo y Rodríguez-Arenas. Con la publicación de esta colección de ensayos se agregan varios eslabones a la historia de la literatura colombiana. Por supuesto, *¿Y las mujeres?* representa apenas un comienzo; muchos eslabones más se pueden añadir, si bien resultará difícil superar la excelente labor cumplida por las autoras.